



A LA MEMORIA DE MARYORI

Autor: Ana Bedoya*

Resumen

El presente texto procura reflejar el drama de las víctimas del conflicto armado colombiano, se trata de la historia de una mujer desaparecida, en medio de las dinámicas de guerra propias de una zona en conflicto, altamente disputada por los actores armados, el drama de su familia, su búsqueda y posterior hallazgo en una fosa común; se trata

De una realidad reflejada a través de la historia de Maryori Urrea una habitante del Municipio de San Carlos ubicada en el Oriente Antioqueño.

Palabras clave:

conflicto armado, víctima, fosa común, desaparecidos.

Abstract:

This text seeks to reflect the

tragedy of victims of the Colombian armed conflict, this is the story of a woman disappeared, amid the dynamics inherent in a war zone of conflict, highly disputed by the armed actors, the drama of his family, his search and subsequent discovery in a common grave, it is a reality reflected through the history of Maryori Urrea an inhabitant of the municipality of San Carlos located in eastern Antioquia.

Keywords:

armed conflict, victim, mass grave, disappeared.

Rev Kavalando	Medellín Colombia	V 1	N 1	P.P	Ene / Abril	2008	ISSN: 2027-2391
---------------	-------------------	-----	-----	-----	-------------	------	-----------------



Eso de estudiar no era para Maryori Urrea, o al menos eso pensaba ella a sus trece años. Cuando perdió séptimo grado les dijo a sus padres que no quería seguir en el colegio. Deisy, su hermana, un año menor que ella, y con quien había cursado todos los grados, siguió estudiando. Ella en cambio quería andar las calles de su pueblo San Carlos, un municipio del Oriente antioqueño bendecido con un clima tropical y rodeado de hermosas cascadas. A cuatro cuadras del parque, por la calle 20, en el sector Alto, queda la casa de Maryori, donde creció rodeada de sus padres y cinco hermanos, siendo ella la mayor y una de las cuatro mujeres. Tenía una intrincada personalidad: silenciosa y a veces malgeniada, pero con una sensibilidad desbordada. Lo que ahorraba en palabras lo derramaba en los muchos diarios que escribió; versos de amor que nadie conocía, dibujos que pintaba con recelo y

frases que extraía de libros, llenaron las hojas de aquellos cuadernos. Su contextura alta y delgada, su cabellera larga y rubia, sus ojos cafés y piel blanca, la hicieron protagonista de comentarios de admiración en el pueblo; los hombres le coqueteaban, a medida que crecía se volvía más maja.

Ese pueblo que es San Carlos

En San Carlos se produce al menos el 35 por ciento de la energía hídrica que consume el país, y, además, es un corredor natural que conecta al Oriente antioqueño con el Magdalena Medio y el Nordeste. Desafortunadamente, ese valor estratégico fue un manjar para los grupos armados ilegales que empezaron a asentarse desde finales de los ochenta para tomar fuerza en la década del noventa. Las Farc, el ELN y las AUC, pelearon a muerte por el territorio, desplazándose entre sí y, sin piedad, a la población de San

Carlos, que vio morir y desaparecer a cientos de personas.

En 1998 se escuchaba en el pueblo el eco del traqueteo de las armas que venía de la montaña, en especial de corregimientos como La Llore, El Jordán y San Blas. El Bloque Metro de las AUC se había apoderado del territorio bajo el mando de Carlos Mauricio García Fernández, alias “Rodrigo” o “Doble Cero”. Maryori tenía por entonces 18 años y un novio, y al final del año, mientras su hermana celebraba su ceremonia de grado del colegio, ella daba a luz en el hospital a su hijo Cristian Camilo. A finales de los noventa y principios del 2000, en San Carlos se encarnó el miedo: la gente salía a las calles a lo estrictamente necesario, y alrededor de 18 mil de sus más de 30 mil habitantes se desplazaron a otros lugares huyendo de la violencia.

La tarde del domingo 19 de agosto del 2001, época en que la iglesia celebraba las fiestas patronales, Maryori arribó al parque del pueblo. Llevaba ocho días por fuera de la casa, al parecer se había quedado donde unas amigas. Entró al templo en plena misa y buscó a su hijo que estaba con Celina Garcés, su madre, de quien heredó los labios delgados y alargados, y los ojos pequeños y cafés. Sin darle explicación se fue con el niño. “Se quedó todo el día con él y a las 9:30 de la noche llamó para que fueran por él, que porque ella no podía subir aquí. Un día alegamos y yo le dije que por qué se enredaba con esa gente, pues un día la vi conversando con uno de ellos, pero ella me dijo que no tenía nada con él. Cuando eso la vida estaba tan horrible; si veían a una mujer que se

juntaba con los soldados la mataban y se la veían con un policía también, entonces imagínese con un paraco. Le decía, por Dios, que qué pensaba, que cómo nos ponía en peligro a nosotros, a los hermanos y al hijo. A ella le dio rabia y le dijo a las muchachas que se iba con él”, relata Celina sentada en la sala de su casa, donde se exhiben en una pared varios diplomas enmarcados de sus hijos, y un retrato de Maryori. La foto recorta sus brazos, con los que envuelve a dos de sus amigas. “Es la única foto que tengo de ella”, agrega.

Doña Celina no se explica en qué momento sucedió semejante hecho, todo había sido en cuestión de tan pocos días que ni ella alcanzó a percatarse a tiempo. Ese mismo año Maryori sorprendió a su familia cuando les dijo que empezaría de nuevo a estudiar y se matriculó en la escuela nocturna. Su tiempo lo dedicaba al estudio, a su hijo, a salir a fiestas con las pocas amigas que tenía, a llenar sus diarios, a pintar, a escuchar a Ricardo Arjona y Pimpinela. Era poco el tiempo que pasaba en casa y poco lo que hablaba con su familia. Al terminar el primer semestre de ese año había cursado sexto, y estaba pendiente por matricularse a séptimo.

Era agosto y San Carlos, a pesar de la agudeza de la violencia, no dejó pasar inadvertidas las Fiestas del Agua que tradicionalmente celebra. Fue por esos días en los que Maryori salió constantemente cuando conoció a Carlos Jaramillo, o “Hernán”, el alias con que lo reconocían los paramilitares. Su belleza lo

enloqueció, y la sedujo hasta convencerla de que se fuera con él, que en San Carlos no había nada interesante por hacer. Dicho y hecho, el lunes 20 de agosto, un día después de haberse despedido de su hijo y sin sospechar lo que se aproximaba, madrugó a la 5:30 de la mañana y se fue para El Jordán, un corregimiento cafetero y por entonces una de las bases desde donde operaba el Bloque Metro de las AUC. Cuenta Celina que

que no vivía más allá y que se devolvía con el riesgo de que en el camino la mataran.

Pasaron dos largos meses de angustia, sin noticias, hasta que empezaron a resonar los comentarios en el pueblo y acrecentarse el miedo de la familia. “En octubre, Deysi se encontró con el papá de Cristian Camilo en Santa Rosa, municipio de Antioquia, y él le dijo que



Maryori “llamó a los quince días y habló con Liliana, otra hermana. Le dijo que le estaba haciendo mucha falta el niño, que estaba en El Jordán y que se sentía muy aburrida”.

Ocho días después de esa llamada, Liliana se encontró con una amiga de Maryori que también había estado en El Jordán y le preguntó por su hermana. La amiga le contó que Maryori estaba desaparecida desde el jueves, que había dicho averiguara por Maryori, porque él

había bajado a El Jordán para hacer una vuelta y allá le dijeron que a Maryori la habían matado y enterrado por allá mismo”, cuenta doña Celina, quien de inmediato mandó a averiguar con una muchacha que trabajaba en ese corregimiento. “Me dijeron que sí, que la habían cogido en la carretera, la habían amarrado tres días a un árbol y luego la habían matado”. Doña Celina no paró de cavilar: “yo me supuse que ella se



fue de allá por miedo y los de El Jordán llamaron a los otros de más abajo para que la atajaran”.

La incertidumbre crecía, los comentarios de la gente eran piezas defectuosas del rompecabezas que doña Celina se esmeraba en encajar. Se lleva una mano a la frente y cierra los ojos mientras cuenta: “unos me decían que eso era mentira, que la habían visto en Medellín, otros que la habían visto en San Rafael, dizque en la carretera, vestida de camuflado y hablando con ellos. Cuando ella se fue yo le dije al Señor: que no me vaya tocar verla con un arma haciendo cosas feas, prefiero verla muerta. No me tocó ni verla muerta, pero gracias a Dios tampoco la vi haciendo maldades”.

Al año siguiente doña Celina fue hasta San Rafael, donde le hablaron de unas mujeres jóvenes que estaban enterradas allá como N.N. Le mostraron las fotos y temblando del impacto se dio cuenta de que ninguna era su hija.

Pero el día en que doña Celina dejó de preguntar, cuando sintió que le decían la verdad, estaba con su esposo afuera de su casa, donde tenía una venta de empanadas. Jhony Arias, comandante de las AUC, se acercó hasta ellos a comprarles empanadas y se fue para una tienda de la esquina a tomarse una gaseosa.

“Me resolví y fui a la tienda. Le dije que me confirmara si era cierto lo de Maryori y él me dijo: '¡ahh sí! Yo la distinguía. Cuando eso yo no estaba por acá pero me contaron que sí, que había tenido un problema con el marido y la habían tenido que matar'. Me lo dijo fresco: 'ay señora, yo no le debería decir esto pero a usted ya no le queda sino ofrecer oraciones por ella'. Y yo le dije: 'hay una cosa que yo le quiero preguntar a usted, en ese tiempo mataron a un comandante de las AUC, los mismos compañeros, y yo supe que le mandaron el cuerpo a la familia en Medellín para que lo sepultaran, entonces, si tuvieron

que matar a mi hija ¿Por qué, por lo menos, no me trajeron el cadáver para yo haber tenido el consuelo de darle cristiana sepultura? ¿Por qué a esos compañeros que han tenido que matar ustedes mismos sí se los han mandado a la familia para que los sepulten, y a ella no me la mandaron?' Me contestó: 'ay señora... No nos juzgue a todos por igual que todos no somos lo mismo, depende del comandante que haya'”.

A partir de ese momento doña Celina soterró sus esperanzas, y las oraciones, que había empezado desde hacía mucho, las acompañó de misas en el nombre de su hija. Los siguientes seis años, su sueño se trastornó. Vivía pensando en el destino de Maryori: “ya no seguí buscando ni averiguando, le pedía al señor que me ayudara a encontrar los restos. Me preguntaba: ¿qué harán con ellos? ¿Los enterrarán? ¿Los tirarán al río? ¿Los dejarán ahí donde caigan para que los buitres se los coman?”.

Despertar del letargo de la violencia

Pastora Mira es una mujer sencilla, de cabello corto, delgada y trigueña. Cuando camina las calles de San Carlos su paso es detenido constantemente por el saludo de la gente. Le preguntan sobre una carta que les llegó, sobre un papel que les pidieron en la Personería, sobre los resultados de un examen. Todos son padres, hermanos y/o abuelos de desaparecidos, que buscan su ayuda. En 2003 empezó a gestionar un proyecto para ayudar a estas personas. “Uno se vuelve experto en lo que padece”, dice con modestia. A ella, las AUC, le desaparecieron a su hija Sandra Paola, de 22 años, y desde que eso

sucedió su trabajo para encontrarla a ella y a los demás desaparecidos no ha parado. Inició con el CARE, Centro de Acercamiento, Reconciliación y Reparación, y acercó a muchas personas que tenían hablar, que ni siquiera había denunciando ante la Personería la desaparición de sus familiares, como en el caso de doña Celina.

En mayo de 2007 doña Pastora lideró una marcha con los familiares de las víctimas y doña Celina

Y a doña Rosalba, quien también tenía a su hija, Gloria Milena, desaparecida, y fueron allí con el Cuerpo Técnico de Investigaciones, CTI. Sería la primera y última exhumación que presenciaría doña Celina. Mientras cavaban, miraba los árboles a su alrededor: “me puse a pensar a cuál de esos la habían amarrado”. El cuerpo hallado en esa fosa era el de Gloria, la hija de Rosalba, a quién reconoció por sus pertenencias.

Celina regresó a su casa,

Contarle la noticia, y le dijo que fuera con el esposo a hacerse la prueba, pues podía ser Maryori. Ellos fueron al CARE donde los esperaba la bacterióloga que les tomó las muestras de ADN.

Cinco meses después, el 11 de Julio a las 5:30 de la tarde, una llamada interrumpió las actividades de la familia Urrea Garcés. Doña Celina reproduce el diálogo que se le quedó grabado en la memoria: “La llamamos de Justicia y Paz para saber cuántas personas van a venir’. Yo le dije: ‘¿van a venir a qué?’ ‘A la entrega de los restos de Maryori’. Yo sentí como un corrientazo que me pasó desde la cabeza hasta los pies, y dije: ‘¿cómo así? ¿es que siempre eran los restos de ella?’ Y la persona me dijo como asustada: ‘¡ayy sí! ¿era que a usted no le habían dicho nada?’. Me dijeron que fuéramos por ellos a Medellín, que esa semana nos la entregaban, y que podíamos ir máximo tres personas”. La familia llevó los restos a un osario del cementerio del pueblo. Las hermanas de Maryori renunciaron a la esperanza de encontrarla viva, pero al igual que su padres terminaron con siete años de incertidumbre. “Le di gracias infinitas a Dios y a doña Pastora, que fue la que lideró todo”, explica doña Celina.

La identificación de Maryori cambió una cifra en el número de desaparecidos que registra el CARE. Hoy son 147 que como ella tienen una historia y tejen la memoria de una comunidad.



mientras exhibían un cartel con los nombres de 97 desaparecidos repartían entre la gente mapas del pueblo, explicándoles que en ellos podían señalar lugares en los que se sospechara la existencia de fosas.

Los mapas empezaron a llegar al CARE, a la Personería o a la Parroquia. Uno de los sitios demarcados era un paraje conocido como Las Torres Gemelas, en la vía hacia El Jordán. Doña Pastora localizó a

desesperanzada e impresionada por el proceso de exhumación. “Yo me desvelaba pensando en el momento en que le mostraran a uno esos restos, uno qué va saber si son o no los de mi hija. La misma incertidumbre... A lo último yo me resigné”. En septiembre del mismo año se hizo otra exhumación en el mismo sector. Doña Pastora pensó que era su hija, pero las pruebas de ADN salieron negativas. En Febrero de este año, doña Pastora fue a la casa de doña Celina para

Muchos de ellos fueron víctimas de la guerra y señalados como actores del conflicto, porque tanta sangre ha llevado a nuestra gente a justificar la muerte de inocentes. Desde 2005 hasta la fecha se han exhumado 17 fosas, de cientos que se sospecha hay en el municipio. De esos cuerpos, apenas siete han sido identificados y devueltos a sus familiares.

El paso es lento, aunque los sancarlitanos quieran acelerarlo para terminar con la incertidumbre, como le sucedió a doña Celina y su Familia. Pero se enfrentan a graves tropiezos: el CTI necesita muchos más recursos y organización, hay veredas donde se sabe de la existencia de fosas pero son campos minados, y las confesiones de los paramilitares no han ayudado a esclarecer muchos de los hechos. Como el desmovilizado alias Parmenio, quien se desempeñaba como promotor de sanidad del pueblo, que en julio de este año confirmó la muerte de la hija de doña Pastora y de otra persona, y confesó apenas tres desaparecidos en Santa Bárbara, aunque se sabe que en los últimos años los paramilitares efectuaron en San Carlos más de 18 masacres, desplazaron a la población y desaparecieron a cientos de personas, que no figuran en los registros porque las víctimas todavía no terminan de vencer el miedo a hablar.

Pero San Carlos ya comienza a sacudirse del letargo de la violencia



y la gente ha empezado la lucha por encontrar a sus Familiares desaparecidos. En la ciudad hay quienes se imaginan este pueblo como un campo de batalla, sin conocer los tesoros que guardan este lugar y su gente. Ellos quieren cambiar esa imagen y que las personas regresen. Allí el tiempo corre flemático, las familias caminan despaciosas por el parque, otros pedalean sus bicicletas mientras la luz del sol rebota en los tejados y en las fachadas de las cafeterías de donde emana un olor a café y a pandequeso. De la iglesia sale doña Celina, directo a su casa, donde tranquila, sentada ante el retrato de su hija Maryori, hace memoria.

*** Estudiante de Periodismo de la Universidad de Antioquia.**

Entrevista de K